

José Luis Álvarez

Rajoy: ¿un presidente breve?

La base de una estrategia es acertar los escenarios de futuro más probables. En la política española, el supuesto más razonable sigue siendo que, tras las generales, el presidente del Gobierno será Rajoy –aunque el nuevo gobierno frenará la caída del PSOE y su mayor agresividad causará un fuerte desgaste en el PP–. Por tanto, la pregunta estratégica es: con cuánto capital político llegará Rajoy a la Moncloa y cuánto le durará. Y una hipótesis que considerar es que este será escaso y de poca calidad y que, como consecuencia, podría ser un presidente de un solo mandato o de mandato breve.

Algo que parece escapar al PP es que el capital político de su candidato se está deteriorando por las consecuencias no deseadas de una táctica eficaz a corto, pero probablemente no a largo plazo. El equipo electoral de Rajoy apuesta a que la valoración negativa de su líder por la opinión pública será irrelevante en las elecciones, porque los partidarios del PP no dejarán de votarle y los del PSOE no vencerán el absentismo que les produce Zapatero implementando políticas económicas liberales. También asume que no explicitar las futuras medidas de gobierno es la manera de evitar pérdidas de capital político derivadas de la reacción negativa de los potenciales perjudicados, si las conociesen. Como táctica, es irreprochable. Y generalizada: Mas hace exactamente igual. Pero como estrategia, quizás equivocada. Porque esta táctica está perjudicando la reputación personal de Rajoy, ingrediente esencial de su patrimonio político. Cuando tantos ciudadanos lo están pasando tan mal, Rajoy parece cada día menos empático, más calculador, medroso en lo personal, políticamente cicatero, como si tuviera mucho tiempo, dejando que Zapatero se quemara lentamente al fuego de la crisis –cuando muchos ciudadanos no tienen tiempo, acuciados por urgencias económicas, quemándose, también, como el presidente, en la crisis– y centrado en su peripecia política en vez de en la de los ciudadanos. Si esto es así, ¿con qué capital político contará para implementar políticas impopulares si fueran necesarias una vez en la Moncloa? No con

el que generan unas ideas y un programa, porque no los ha expuesto. Tampoco con su reputación personal, porque no la ha cultivado como fuente de poder.

Incluso, aunque la situación económica mejore por su gobierno o simultáneamente a este, Rajoy puede enfrentar retos que demandan grandes desembolsos de caudales políticos. Por ejemplo, el conformismo de las sociedades occidentales (salvo la



JORDI BARBA

francesa) con la desigualdades sociales que la crisis acentúa no tiene que ser definitivo. Es, a menudo, una vez pasado lo peor de una crisis y no hay miedo a protestar, cuando se desencadenan espirales de reivindicaciones. No es improbable un horizonte de conflictividad social en la próxima legislatura, que los gobernantes sólo podrán combatir con dosis masivas de legitimidad, de las que carecerá Rajoy.

Es más, en el escenario de que en un par de ejercicios mejore la economía, el PSOE quedaría liberado del ámbito donde más incómodo juega –la economía– y podrá recuperar temas en los que se siente cómodo, como la igualdad entre sexos,

donde el PP está “genéticamente” mal posicionado (Rubalcaba *dixit*).

Incluso los dos retos principales que Rajoy, excepcionalmente, ha confesado ambicionar requieren un caudal político del que raramente dispondrá. Uno es la reforma de la educación. Esta acarrearía el previsible desgaste de un seguro enfrentamiento con los sindicatos, tanto estudiantiles como del profesorado. Y una recentralización del Estado es algo que sólo puede hacer con el PSOE, por lo que los posibles réditos políticos son a repartir entre dos y no producirán rentas diferenciales.

Hay otra razón que puede indicar una presidencia breve de Rajoy: su sucesión. En la democracia española la posibilidad de que un presidente pase, positivamente, a la historia (y esta es la primera preocupación de los presidentes) depende de un traspaso exitoso de poder a su sucesor, una de las pocas dinámicas que aún pueden intentar controlar (ya no la economía, por ejemplo). Y la oportunidad para que Rajoy transfiera el liderazgo del PP a Gallardón –su príncipe in pectore pero inconfeso, ya que si fuera maturamente público las posibilidades de éxito de la operación disminuirían– es en la primera legislatura. Sólo presidentes como Aznar y Zapatero, diligentes administradores de su capital político personal, iniciaron su segunda legislatura con más poder que en su primera toma de posesión.

Por tanto, el problema de Rajoy es que llegará, hipotéticamente, a la presidencia con un capital político escaso ante los retos de la nueva legislatura, y un PSOE que no se desintegrará aunque pierda las elecciones. Será además un poder situacional: originado en la crisis, no en su liderazgo personal o en sus ideas. Y ni siquiera será de su propiedad: será un poder patrimonio del partido –cualquiera que estuviera en la presidencia del PP, en la oposición, en plena crisis económica, contaría con él–. Rajoy no añade capital político al PP. Si acaso, resta.

Empieza a no estar claro que una presidencia de Rajoy inaugure un ciclo largo conservador. No es casualidad que estén inquietos los que en el PP piensan a largo plazo, y esperanzados los estrategas del PSOE.●

Joana Bonet



El paraíso no es esto

Las noticias son como un anorak reversible. Ante la estruendosa apertura del burdel más grande de Europa en La Jonquera, revuelvo en el ropero de la hemeroteca y encuentro un titular de enero del 2006: “La ley catalana de la prostitución obligará a cerrar a los grandes burdeles”. Todo hacía prever entonces que con la futura normativa, al establecerse aforos máximos y un número clausus de camas, las llamadas fábricas del sexo, que nuestro imaginario femenino sitúa –a lo *París-Texas*– en zonas de carretera despobladas, tenían los días contados. La cantidad era una dificultad para la intención de la nueva ley: ya que no lo podemos prohibir, vamos a controlar el asunto. Burdeles medianos, de unas cincuenta camas, con los papeles en regla y que cumplieran las normas higiénicas y sanitarias. Parecía la alternativa más *decente* para ordenar este no oficio alegal que sigue suspendido en un limbo mientras aumenta el número de prostitutas/os y se fortalecen las mafias.

Las noticias también pueden ser malas según el titular y buenas según

Paradise, Oasis o Edén son nombres muy evocadores para quienes son esclavizadas en su interior

el qué, cuándo, cómo, dónde y por qué. Es lo que ocurrió cuando hace un mes leí que la Generalitat eximía a los dueños de clubs de dar asistencia médica a las prostitutas. Un derecho menos, pensé al principio. Se trataba de una normativa sólo vigente en Catalunya, acaso formulada desde la buena intención: facilitar el acceso de las prostitutas a los servicios sanitarios. Pero en la práctica resultaba una ratonera: dichos controles animaban a los empresarios a publicitar que sus chicas estaban “limpias”, por lo que muchos clientes les exigían no utilizar el condón. La bella utopía del abolicionismo por un lado y el desamparo asistencial por el otro envuelve este asunto lleno de aristas. Los debates sociales corren el peligro de alejarse de la realidad, como la de tantas chicas engañadas y sometidas, atrapadas en auténticas telarañas que empiezan a tejerse en su terror a denunciar a quienes las explotan.

Paradise se llama el lugar, un nombre habitual en este negocio, junto a otros que se repiten por toda la geografía española como Oasis, Edén, Eclipse o La Luna. Nombres, sin duda, muy evocadores para quienes son esclavizadas, a menudo disponibles las 24 horas del día. Algunos empresarios de burdeles han querido demostrar su imaginación bautizándolos como Falcon Crest, Burrito Blanco, Pompon e incluso Amor. Otros, imagino que con un guiño perverso, se atreven a llamarse El Infierno, más acorde con algunas de las sórdidas realidades que allí habitan. Las nomenclaturas son variadas, desde la desubicada cursilería del hotel Ruiseñor hasta la chusca rusticidad del hostel L’Arenada. El resto tan sólo son kilómetros: 238, 560, lugares que emergen de la nada cuando atardece y que encierran una colección de tristes historias sin derecho a la melancolía.●

Josep Miró i Ardèvol

B16

Qué nos propone la visita del Papa? El cristianismo como nueva oportunidad de vida, la experiencia de la felicidad de ser cristiano. Ante los reconstrutores empantanados de la Torre de Babel, perdidos en su propio laberinto, el cristianismo presenta la respuesta a los anhelos más profundos de todo hombre y toda mujer, que no pueden satisfacerse con el materialismo que les constriñe porque están hechos para abarcar el infinito, para imaginar lo inimaginable. La conciencia humana no puede encontrar la dicha en la sociedad del hiperconsumo y el espectáculo, de la injusticia social manifiesta, de la ruptura con todo vínculo en nombre del deseo, en la banalización de la experiencia humana. En la destrucción de la cultura y la belleza a manos de basureros y transgresores de oficio.

La visita del Papa nos acerca al rostro del Dios del amor llevado hasta las últimas consecuencias. Muerto y resucitado. “Yo soy la Verdad y el Camino”, dice Jesús. También para nuestras vidas, para nuestros caminos. Un testimonio que sigue vivo: el 75% de los muertos causados por el odio y la intolerancia religiosa en el mundo son cristianos. Las palabras del mensajero de Dios nos invitan a observar la realidad en todas sus dimensiones, la de la razón y de la fe. A ejercer el amor entendido como darse y compartir. A cumplir el mandato de servir a los pobres como muestra cada día la Iglesia en la acogida a todo ser humano herido, la atención prioritaria a los marginados e inmigrantes. Cuando crece la indiferencia con el sufriente, la xenofobia y el racismo, cada parroquia es un refugio.

Benedicto XVI se acoge a la hospitali-

dad de Barcelona con el viajero. Su testimonio debería estimular a la reflexión sobre las causas del declive de Europa preguntándonos por la relación de la cultura cristiana que nos ha configurado con las instituciones sociales y el sistema de valores y virtudes.

A los católicos, nos pide además la gracia de nuestra conversión personal, porque el peor mal de la Iglesia no está fuera sino dentro. Nos llama a la conversión y a la misión para ser testimonios de lo que nos ha sido dado: la fe en Jesucristo. Nos incita a mostrar el entusiasmo propio de quien es portador de tan gran Buena Nueva, la que permite, llegado el último instante, escuchar su Palabra. “Molt bé, servent bo i fidel, entra en el goig del teu Senyor”. *Benvingut Benet XVI*.●

josepmiro@e-cristians.net